

devastó sus establecimientos, que se encontraron en gran número, y sus cosechas, llevándose los ganados que á medida que el ejército penetró en el interior fueron encontrados ocultos en las selvas y sitios más recónditos. Las poblaciones que Herodiano llama aldeas y ciudades, fueron saqueadas é incendiadas, porque dice el mismo autor: «el fuego destruye fácilmente sus lugares y caseríos, atendido que raras veces emplean en su construcción piedra ó ladrillos, porque sus pobladas selvas les dan en abundancia madera que encajan de manera que resultan chozas semejantes á tiendas de campaña.»

Se hicieron muchos prisioneros y botín consistente en baños, y á la aproximación del invierno retiróse el ejército á Panonia y el emperador á la capital Sirmio.

No dice nada el original de si la expedición había salido de este último país ó del Rhin; pero además de haber servido para el paso del río el puente de barcas, hay otros motivos para creer que salió de la Galia, pasó el Rhin y atravesó todo el centro de Europa hasta el Danubio, á lo cual corresponden las 300 ó 400 millas romanas que cita el autor como la distancia recorrida.

En toda la campaña el atlético Maximino dió el más brillante ejemplo de valor. Los germanos, no atreviéndose á combatir con un ejército tan numeroso en campo raso, se retiraron á los puntos más enmarañados y sobre todo á los pantanosos, donde los colosales troncos de árboles protegían sus cuerpos contra las picas y flechas de los romanos, mientras estos se hundían además en el terreno movedizo y fangoso, cuyos pasos eran solo conocidos de los naturales del país, sin contar que todos eran excelentes nadadores por su costumbre «de bañarse solo en ríos y no en bañeras.»

Una vez retiráronse los germanos á un inmenso pantano, donde los romanos no se atrevieron á seguirlos; entonces se adelantó el emperador solo y embistió á los bárbaros matando á muchos, bien que su caballo se hundió hasta el vientre, lo cual visto por sus soldados excitó su valor y siguieron á su jefe. De los bárbaros pocos escaparon; y más bien que batalla terrestre, pareció aquella un combate marítimo y tan cruento que el pantano se llenó de muertos y de sangre. En otra ocasión análoga, Maximino se vió cercado, asido á su caballo para no caer al agua y á punto de caer en poder de los germanos, cuando sus soldados se adelantaron con denuedo y le salvaron.

Al enviar Maximino el relato de aquella gran batalla al senado mandó al propio tiempo colosales representaciones de sus episodios á fin de que además de leer la descripción pudiesen los senadores ver sus hechos en imagen palpable.

En el año 235 tomó el emperador para sí y su hijo el sobrenombre de Germánico. Después, habiendo alcanzado otras victorias en Panonia sobre los sármatas y dacios, añadió, para él y su hijo también, los otros sobrenombres de Sarmático y Dacio. Todas estas empresas contra los germanos y sus vecinos orientales duraron desde el otoño de 235 hasta el otoño de 237.

Sin levantar mano preparó para la primavera una nueva expedición contra los germanos en su cuartel general de Sirmio, hoy Petrovitz, á orillas del Save, con la intención, según dice Herodiano, de exterminar y someter todas las tribus germánicas desde el Danubio hasta el Mar del Norte; «y hubiera llevado á cabo su propósito, añade á esto otro autor, Capitolino, si los germanos no se hubiesen ocultado detrás de sus pantanos, ríos y selvas.» En efecto, sin estos aliados naturales los bárbaros casi desnudos habrían sucumbido desde tres siglos antes, atacados por generales como César y Druso.

Desde que se había tenido que renunciar á la conquista de la Germania por el lado Oeste y el Norte, se volvió á tomar en consideración el plan de César de atacarla por el Este y el Rhin, tomando la frontera del Danubio como base de operaciones. Pero el belicoso emperador no debía ya volver á guiar sus tropas en otra campaña, porque estando todavía en Sirmio recibió la noticia de que se habían levantado contra él otros pretendientes al imperio, que tuvieron la ventaja de ser reconocidos por el senado, muy poco afecto á Maximino por ser hijo de bárbaros. Maximino no se rindió y defendió su dignidad con las armas contra sus competidores en el año 238, en cuya sangrienta contienda los soldados mercenarios germánicos desempeñaron otra vez un importante papel como cuando la guerra civil entre Oton, Vitelio y Vespasiano. Muchos germanos á quienes Maximino había sometido ó con los cuales había hecho pactos de alianza, le siguieron, en particular caballería, por lo cual podemos inferir que no solamente se sirvió de las armas contra estos pueblos, sino que también imitó á sus predecesores celebrando convenios con ellos cuando lo aconsejaban las circunstancias. Sus dos contrarios eran Máximo Pupieno y Albino. El primero llevaba también muchos parciales germánicos, que solían emplearse para recibir el primer choque del enemigo, para lo cual los hacía muy aptos su extraordinario arrojo, mientras que si la victoria era demasiado difícil y sucumbían, «no era tan sensible la pérdida tratándose de bárbaros.»

Pupieno había ejercido un mando militar en la Germania, cerca del Rhin, en la Tierra del Diezmo ó á orillas del Danubio, y de allí sacó las tropas auxiliares que los germanos agradecidos á su buen gobierno le enviaron.

Cruel era la suerte de estos bárbaros que solo servían para hacerse matar, y tanto sus victorias como su muerte eran igualmente motivos de alegría para los romanos.

Maximino se dirigió á Italia para buscar y combatir allí á sus enemigos. Sin resistencia ocupó á Emona, hoy Laibach pero Aquileya se opuso á su paso, porque el dios de los celtas ilíricos, Beleno, que se adoraba en aquella ciudad y que los romanos y griegos comparaban con Apolo, inspiró valor á los defensores de la plaza.

En el sitio de Aquileya murieron muchos de los jinetes germanos de Maximino, porque al estilo de su país cuyos ríos son muy mansos se arrojaron al Timavo, cuya rápida corriente se los llevó para no salir más. Después, escaseando los víveres durante el sitio, se conjuraron algunos descontentos y mataron al emperador y á su hijo, acabando así con la guerra civil. Su ejército reconoció sin dificultad por emperadores á Pupieno y Albino. El primero despidió allí mismo para sus casas ó con destino á sus campamentos ó plazas de armas á todas las tropas auxiliares, entre las cuales debieron de ir comprendidas las que habían seguido al difunto Maximino, llevándose solamente á Roma las pretorianas y los germanos que sus amigos le habían mandado, porque contaba con la fidelidad de estos mercenarios para cualquier evento. De aquí precisamente vino su pérdida, porque con esto descontentó é irritó á los pretorianos, que ya no miraban con buenos ojos á aquel emperador impuesto por el senado. Desconfiados y celosos, envidiaban y temían á los bárbaros que guardaban en lugar de ellos la persona del emperador, y que habían de defenderla contra cualquiera que atentara abiertamente contra ella. A todo esto se agregaba la constante animosidad que existía ya en tiempo de Vitelio entre las legiones y los bátavos; y como desde entonces los soldados germanos habían adquirido en el ejército romano una importancia mucho mayor, temieron los pretorianos ser desarmados y disueltos á la primera ocasión para ser sustituidos por los bárbaros. Así lo había hecho Severo con las

tropas que habían asesinado á su predecesor Pertinax y ellos eran los asesinos de Maximino!

Con estos sentimientos espionaron el momento favorable para sorprender á los dos emperadores y matarlos antes que los germanos pudieran acudir á su auxilio. Esta ocasión ofrecieron los juegos capitolinos en el año 238 que ocuparon como de costumbre la atención de toda la población romana.

Entonces en un momento dado se apoderaron los pretorianos del palacio. Los dos emperadores recelaban el uno del otro; y cuando Máximo, al ver aproximarse á los amotinados, quiso llamar á su defensa á las tropas germánicas, que acampaban no lejos de la ciudad y habrían sido suficientes para contrarestar al enemigo, le detuvo Albino, que temía ser víctima de su compañero en el trono, si acudían á tiempo los germanos adictos á su persona; al paso que ganando á los pretorianos le quedaba la probabilidad de deshacerse de su competidor, tan odiado por ellos. Mientras ambos disputaban queriendo hacer creer á Máximo que los pretorianos solo acudían para proclamarle á él emperador único, entraron los soldados, se apoderaron de los dos, y al saber que los germanos corrían á prestar auxilio á Máximo, los mataron á ambos después de maltratarlos indignamente. Los germanos, enterados de lo ocurrido, se retiraron á su campamento por no tener objeto una lucha en favor de dos hombres muertos. Según la descripción del autor greco-romano, los germanos hicieron en todos estos repugnantes sucesos un papel dignísimo.

El joven Gordiano, hasta entonces titulado César, fué proclamado «Augusto», y en su reinado menciona un autor por primera vez una nueva colectividad de tribus y pueblos germánicos, destinada á arrancar al imperio para siempre la Galia y hacer de ella un nuevo Estado independiente y perdurable, Estado que después de haber desaparecido los reinos de los godos, debía suplantarse en el Occidente al imperio romano y ser la nación preponderante en el largo período de la transformación del mundo antiguo en el moderno. Eran los francos, grupo colectivo compuesto principalmente de bátavos, sicambros, brúcteros, chamavos, amsivarios y catos, en fin los pueblos establecidos entonces en la cuenca del Rhin en su curso medio é inferior.

Cuando tuvo efecto el primer contacto de Roma con los pueblos germánicos, conocieron los romanos á los grupos de pueblos llamados colectivamente frisonos y sajones; después á los hermanduros ó turingios; luego en tiempo de Caracalla á los alamanos, sin contar los godos que en el reinado de Marco Aurelio aparecen á orillas del Mar Negro. A estas colectividades vino á la sazón á agregarse la de los francos, presentándose en adelante todas como otras tantas grandes subdivisiones de la raza germánica, á las cuales se añadió tres siglos después otra que se había formado en este tiempo de los marcomanos y suevos del Danubio y se llamaba la de los bayuvaros.

Del emperador Aureliano cuenta Flavio Vopisco que había derrotado á los francos siendo tribuno de la legión sexta en la Galia cuando aquellos la invadieron recorriéndola de un lado á otro. Junto á Maguncia, probablemente á su regreso, los escarmentó tanto, que 700 quedaron en el campo, y 300 fueron hechos prisioneros y vendidos por esclavos. Esta victoria fué después, como sus anteriores sobre los sármatas, celebrada en canciones guerreras por sus soldados.

Maguncia venía á ser como un foco donde se concentraban todas las tentativas de invasión por un lado de los alamanos del Alto Rhin y del Mein, y por otro de los francos establecidos desde el Mein hasta las embocaduras del Rhin. A fines del siglo IV coloca San Jerónimo el territorio de los

francos entre el de los alamanos al Sudeste y el de los sajones al Nordeste.

En su epitafio se llama á Gordiano: «Vencedor de los persas, sármatas, godos y germanos», porque entonces no se consideraban los godos como germanos, sino los pueblos que los romanos conocían del otro lado del Rhin; y Procopio llama germanos solo á los francos.

En los años que siguieron estuvieron los emperadores ocupados con los godos, los cuales, unidos con hordas no germánicas como los carpos, probablemente de raza geta, y los alanos, estaban designados desde antiguo por los romanos bajo el nombre común de escitas. Estos dieron al imperio mucho que hacer con sus irrupciones en las provincias del Bajo Danubio, la Dacia, Mesia y Tracia. Muerto Maximino, destruyeron la ciudad de Istria (Istropolis) en la Mesia; y contra ellos, es decir, contra godos y sármatas, debía marchar Albino mientras su compañero Pupieno iba á combatir á los persas, cuando la muerte alevosa de ambos suspendió la ejecución de estos planes. Gordiano en 242/243 marchó contra los persas y limpió en su camino la Mesia y la Tracia de sármatas y godos, mas no sin sufrir un descalabro que le causaron los alanos cerca de Filipópolis en Tracia.

Su sucesor Filipo guerreó contra estos mismos «escitas» que habían penetrado en territorio romano al otro lado del Danubio. Fué el rey Ostrogota, que como sabemos se vengó de la suspensión de los subsidios que le pagaba el imperio y devastó la Mesia y la Tracia, llevando entre sus huérfanos á otros pueblos como taifales y 3,000 carpos y peucinos de la isla de Peuce en la embocadura del Danubio.

Entre los años 242 y 244 coloca Vopisco aquella invasión de francos en la Galia que fué rechazada por Aureliano; pero la inscripción histórica que los cita por primera vez es la llamada lápida de Peutinger que suele suponerse hecha en el reinado de Alejandro Severo, es decir, antes del año 235.

Entre tanto creció la importancia de los ostrogodos. Decio, que antes de ser emperador fué enviado contra ellos por Filipo, no alcanzó ningún resultado, antes bien sus soldados se pasaron á los bárbaros porque quiso castigarlos por su descuido y negligencia en el servicio y vigilancia del río. Es de suponer que estos soldados fuesen también en su mayoría bárbaros; pero de todos modos esta deserción constituye un síntoma muy notable de la creciente descomposición del imperio, y fué causa de una nueva expedición de Ostrogota. Este rey con 30,000 bárbaros bajo el mando inmediato de Argaito y Gunterico, volvió á devastar las provincias danubianas, y después la Mesia, donde puso sitio á su capital Marcianópolis, hoy Preslaco en la Bulgaria, y no se retiró sino en cambio de una fuerte cantidad de dinero que los habitantes de la provincia reunieron.

En la historia de los ostrogodos vimos ya que estos derrotaron á los gópidos con su rey Fastida, porque después de haber vencido estos últimos á los borgoñones, pretendieron de los ostrogodos que les cediesen parte de su territorio dando por motivo que el suyo áspero, fragoso y cubierto de selvas vírgenesles era estrecho á pesar de haberse ya apropiado probablemente el de los vencidos borgoñones y otros pueblos. El rey de los ostrogodos determinó con repugnancia á rechazarlos con las armas, porque eran afines de su propia raza, mas al cabo llegaron á las manos, y en la gran batalla cerca de la ciudad de Galtis á orillas del Aucha, que probablemente separaba los dos pueblos, quedó derrotado Fastida.

A mediados del mismo siglo sometieron los godos las costas septentrionales del Mar Negro, país de los bosforanos, desde donde hicieron desde el tiempo del emperador Valeriano hasta el de Claudio II, ocho invasiones en gran escala

en territorios del imperio, sin contar una multitud de expediciones menores.

Es necesario recordar aquí estos movimientos en las provincias del Danubio que tanto influyeron en la rápida extensión de las fuerzas del imperio hacia el fin del siglo tercero, para hacerse comprender mejor los sucesos á orillas del Rhin.

En el primer año del reinado de Decio pasó el sucesor del rey Ostrogota con dos divisiones de sus huestes el Danubio que sabia se hallaba entonces casi sin defensa. Una de las dos divisiones asoló el país llano, y la otra compuesta de setenta milenios puso sitio á Novi en la Mesia Baja, de donde le arrojó el gobernador militar de aquellas fronteras, despues emperador Treboniano Galo. La misma suerte tuvieron los ostrogodos delante de Nicópolis, desde donde se dirigieron, pasando los Montes Balkanes, contra Filipópolis en Tracia. Allí derrotaron cerca de Berea al ejército mandado por el emperador Decio que no tuvo mas remedio que retirarse para unirse con el ejército de Galo. Los ostrogodos tomaron á Filipópolis despues de una resistencia heroica que costó la vida á 100,000 personas entre soldados y particulares, y luego se derramaron sin ser molestados por la Tracia, y penetraron en la Macedonia en inteligencia con el gobernador de esta provincia Lucio Prisco que se proclamó emperador.

Decio, hombre valiente y sagaz, tomó sus medidas bien calculadas para copar y aniquilar á los invasores. Encargó al tribuno Claudio que posteriormente llegó tambien á ser emperador, la defensa del paso de las Termópilas para proteger el Peloponeso, mandándole á este fin como refuerzo 200 legionarios sacados de la provincia vecina de Dardania, 100 hombres armados de corazas, 160 jinetes, 60 arqueros cretenses y 1,000 reclutas bien armados. Galo recibió orden de ocupar los pasos del Danubio para cortarles la retirada, mientras que Decio con el grueso de las fuerzas iba á atacar á los bárbaros de frente. Atacóles, en efecto; pero despues de romper las dos primeras líneas del enemigo precipitose sobre la tercera segun dice Zósimo aconsejado alevosamente por Galo, que tenia el plan de perderle para proclamarse emperador. Esta fila estaba colocada traidoramente en terreno turboso falso donde Decio, su hijo y la mayor parte de su ejército perdieron la vida. Galo se proclamó entonces emperador, haciendo la paz con los godos, ya por estar convenido así antes, ya porque no tuviese otro remedio. Concedióles la libre retirada con todo el inmenso botin que habian hecho y en el cual se contaban muchísimos romanos ricos de Filipópolis; y á estas ventajas añadió la promesa de subsidios anuales á fin de que se abstuviesen de nuevas invasiones. Estos subsidios consistian siempre en dinero y cereales y se pagaron á los bárbaros de esta y otras partes durante siglos.

Para poder adquirir con el dinero de la anualidad víveres, vino y otros objetos pidieron tambien casi siempre el derecho de poder visitar los mercados romanos, donde vendian su ganado y compraban lo que necesitaban. Despues, cuando los germanos se habian ya extendido en gran número por la tierra del diezmo hasta la orilla del Rhin y aun mas allá, pudieron imponer los romanos á los germanos una contribucion módica en especies, es decir, en trigo para proveer de víveres á las guarniciones romanas en los castillos próximos. Este cambio de subsidios de cereales, dados por el gobierno romano á los germanos durante siglos, y despues recibidos de los germanos por los romanos, caracteriza de un modo notabilísimo la trasformacion de la «invasion de los bárbaros» en este período, y confirma nuestro modo de ver respecto de las causas y carácter de estos movimientos ó derrames de

pueblos, la «falta de subsistencias, que los obligó á pasar de la vida errante á la sedentaria agrícola.»

Poco duró la paz, que á pesar de ser tan vergonzosa fué celebrada por Galo con una entrada casi triunfal en Roma. Los mismos ostrogodos y luego los boranes, borgoñones y carpos devastaron casi sin interrupcion los pueblos y provincias de la orilla derecha del Danubio hasta el mar, y mas allá en Asia, llegando hasta la Capadocia, Pesino y Efeso, conquistando y saqueando además de los pueblos abiertos, un gran número de plazas fuertes.

En tan aciagas circunstancias salvó la situacion el gobernador militar de Panonia Cayo Julio Emiliano. Reanimó el valor de los soldados que se negaban á pelear con los bárbaros recordándoles las glorias antiguas romanas y cayó con ellos como el rayo sobre los enemigos en Panonia cortándoles de una vez la retirada y la comunicacion con los que habian avanzado mas al interior de las provincias. Pasando despues el Danubio, los atacó en su propio país, naturalmente desprovisto de sus defensores mas robustos, y libertó las provincias romanas de sus invasores. Sus tropas le proclamaron emperador para desgracia suya y del imperio.

Todos estos desórdenes interiores y exteriores influian poderosamente en los sucesos á orillas del Rhin cuya defensa no podia menos de ser floja y descuidada. Galo envió á Cayo Publio Licinio Valeriano (que despues fué tambien emperador) desde Italia á la Galia con orden de encargarse del mando del ejército del Rhin y atravesar con él los Alpes para oponerse á Emiliano, que despues de hacer la paz con los pueblos del Danubio se dirigia á Italia, como habian hecho las legiones en las luchas entre Galba y Oton, Vitelio y Vespasiano. Galo fué en breve asesinado por sus propios soldados, y Emiliano fué reconocido emperador por estos y por el senado (fin de mayo de 253), pero no por Valeriano, cuyo fuerte ejército hizo en favor de su jefe la misma proclamacion.

El asesinato de Emiliano por los mismos soldados que le habian aclamado (agosto de 253) hizo á Valeriano único dueño del imperio, el cual se asoció dos años despues á su hijo Publio Licinio Valeriano Galieno, confiándole los negocios del Occidente mientras él marchaba á Oriente de donde volvió solo una vez y por poco tiempo en el año 259. Fué esta division de negocios como un vago precursor de la division posterior y definitiva del vasto imperio en dos mitades.

Valeriano que habia ido á Asia para combatir á los persas, se vió muy pronto obligado á pelear tambien allí con los godos y boranos á quienes los romanos llamaban indistintamente escitas. Habíanse asociado estos con otros enemigos de Roma para con sus naves atravesar el Mar Negro y devastar el país al otro lado. En 255 asediaron la fuerte plaza de Pitonte en la Cólquide y fueron rechazados con grandes pérdidas por Sucesiano, gobernador militar de aquella provincia y que luego fué ascendido por el emperador á Prefecto del Pretorio y encargado de las operaciones contra la Persia. Los bárbaros renovaron en 256 sus ataques sobre aquellas provincias; pero no lograron su propósito de saquear el templo de Diana, sito en la embocadura del Faso, al extremo de la Cólquide. Esta vez no devolvieron las naves á sus dueños, sino que se fueron con ellas mas al Sur contra Trebisonda, obligando á sus aliados á servirles de remeros y pilotos. Al saber el peligro que se aproximaba habiase refugiado toda la poblacion de aquel país dentro de la capital citada, por su doble recinto fortificado considerada como inexpugnable; y confiada la guarnicion en esta circunstancia descuidó la vigilancia pasando el tiempo en diversiones. No contaba con la osadía de los bárbaros que á falta de escalas

subieron á las murallas por rudos troncos de árboles. Al verlos aterrizóse la guarnicion y huyó por las puertas del lado opuesto. Los que resistieron fueron degollados. La ciudad y sus templos fueron saqueados é incendiados, y los invasores cargados de incalculable botin é innumerables cautivos se volvieron sin ser molestados por nadie con su escuadra á su país.

Cuando allí vieron tan inmensos tesoros, las tribus vecinas resolvieron visitar tambien aquellos países tan ricos, y obligaron á sus cautivos prácticos en las construcciones navales á hacerles embarcaciones, pero renunciando por un motivo ú otro á arriesgarse á una larga expedicion marítima, prefirieron aguardar el invierno y pasaron en el año 257 ó 258 el Danubio probablemente á favor de una fuerte capa de hielo, y siguiendo la costa dejando el Mar Negro á su izquierda, pasaron por Tonsi (hoy Quiovia) y Anquialos al golfo fileatinico al Oeste de Bizancio. Allí supieron que los pescadores de la orilla se habian refugiado en las calas y abras de las costas vecinas, donde fueron á buscarlos y los decidieron, dejándoles una garantía, quizás rehenes, á facilitarles sus embarcaciones en las cuales pasaron á la costa asiática. El terror se apoderó de todos los ánimos ante aquella invasion, tanto que la guarnicion de Calcedonia, mucho mas numerosa y fuerte que los bárbaros, se dispersó á su llegada abandonándoles la ciudad con todos sus tesoros, arsenales y almacenes, llenos de toda clase de provisiones. Desde allí se dirigieron los bárbaros á Nicomedia, la grande y opulentísima capital de la Bitinia, cuyas riquezas dejaron asombrados á los invasores á pesar de haberse llevado los habitantes en su huida todo lo que poseian de mas precioso. Así recorrieron el país saqueando sucesivamente á Nicea, Chio, Prusa y Apamea en la Bitinia, y luego se dirigieron hácia Cícico al Oeste, deteniéndolos solo el rio Rindacos que hinchado por grandes aguaceros, no pudieron pasar. Volviéronse pues atrás, incendiando á su paso á Nicea y Nicomedia; y cargando su botin en las naves llegaron con él á la otra orilla, y en carros regresaron sin contratiempo alguno á su país.

Alcanzaron estas noticias á Valeriano cuando se hallaba en Antioquia en la Siria, y dándole mucho cuidado Bizancio, mandó allí á toda prisa un jefe de su confianza, mientras él mismo volvió con su ejército atrás para embestir á los godos. Pero al llegar á la Capadocia (259), supo el regreso del enemigo á su país; de suerte que ya no continuó su marcha, sino que volvió otra vez á la guerra contra los persas, los cuales en 260 le hicieron prisionero y le tuvieron en esta situacion hasta su muerte.

Cuando Valeriano atravesaba la Iliria y la Tracia en su expedicion á Oriente, se habia distinguido notablemente en varios encuentros con los godos Aureliano, sustituto del gobernador militar de la frontera del Danubio, el cual habia restablecido el gobierno y el orden en las comarcas fronterizas, y repartido muchísimo ganado vacuno, caballos, esclavos y prisioneros quitados al enemigo, entre sus soldados y los habitantes arruinados por tantos saqueos. De aquí se deduce lo que pudo quitarse únicamente á los germanos, es decir, el ganado vacuno, los caballos, los esclavos y los hombres libres que llevaban prisioneros. Cuán grandes eran las masas siempre crecientes de hombres que llevaban los godos y que por consiguiente mantenian, lo demuestran, además de sus inauditas campañas siempre con grandes fuerzas, la gran multitud de ganado que se les quitó como botin y la consideracion de que tenian cuidado, cuando amenazaba un ataque del enemigo, de ocultar las grandes masas de sus rebaños y vacadas en lo interior de las selvas. Y sin embargo, todavía pudo Aureliano, además de lo que entregó á los

tracios, dar como parte del botin correspondiente al emperador y dejar en una de sus quintas, quinientos esclavos, dos mil vacas, mil yeguas de vientre, diez mil carneros y ovejas, y (lo que muestra la pobreza de las tierras germánicas) quince mil cabras.

Esta enumeracion demuestra tambien cuán inaudita extensión tenian las grandes propiedades ó latifundios, que solo se sostenia por el trabajo de los esclavos, ó cuando mas de los colonos, lo cual fué una de las principales causas de la ruina económica, social y política del imperio, una vez extinguida la clase de los labradores libres y medianos y de los pequeños propietarios. Esta situacion perniciosa y funesta tenian todas las provincias, lo mismo las del Danubio que las del Ródano y el Ebro.

El ejército de Aureliano se componia de la legion tercera (*tertia felix*), ochocientos jinetes acorazados (*cataphracti*) y muchas tropas auxiliares germánicas mandadas por sus jefes naturales, cuyos nombres Hartomundo, Halidegasto, Hildemundo y Cariovisco ó Hariovisco, idéntico quizás con Javioristo ó Chariovisto, indican por la terminacion franca de algunos que debian de pertenecer á jefes francos y provenir de los germanos combatidos por Aureliano el año 256 en la Galia, que luego seguirian á su vencedor en calidad de soldados mercenarios.

Bajo el reinado de Valeriano, distinguióse tambien Probo que igualmente llegó á ser emperador, pero que entonces era tribuno, en la provincia ilírica, donde obligó á los sármatas y cuados casi sin servirse de las armas, á restituir el botin que habian puesto ya á salvo. Probo atravesó el Danubio y libró á los bárbaros muchas acciones de guerra, logrando, entre otros resultados, rescatar á un pariente del emperador á quien los cuados se habian llevado cautivo. Este hecho le valió en la revista del ejército muchísimos regalos de valor y honoríficos, entre otros cuatro astas sin punta, é igual número de estandartes (*hasta pura, vexilla pura*), dos coronas murales, dos ajorcas de oro, una cadena y un vaso de sacrificio del mismo metal, el último del peso de cinco libras. Además el emperador aumentó su division con la legion tercera.

Mientras esto pasaba en las fronteras danubianas, habia acudido Galieno, ó mejor dicho su general Postumo (Cayo Marco Casiano Latinio Postumo) galo de nacimiento, á vigilar (en lo que pudiera, dice Zósimo) los pasos del Rhin, desde donde los germanos devastaban las comarcas vecinas de la Galia con mas violencia que en otras partes. Allí prestó buenos servicios en la mision de que estaba encargado; si el enemigo pasaba, le atacaba y rechazaba otra vez al otro lado, á donde no consta que le siguiera, sino por algunas monedas conmemorativas de tres victorias distintas y por el título de Germánico Máximo que adoptaron ambos emperadores. En el año 255 ó 256 fué nombrado Postumo gobernador general ó presidente de toda la Galia y gobernador militar de la frontera estratégica transrhiniana.

Al saberse en esto la catástrofe de Valeriano en la Persia, alzáronse por todas partes contra Galieno tantos pretendientes al trono, que esta época desgraciada se ha llamado de los treinta tiranos, bien que no eran treinta, ni se levantaron al mismo tiempo ni todos podian llamarse usurpadores. No hay que decir que los bárbaros en casi todas las dilatadas fronteras del imperio anduvieron diligentes para aprovechar este período de confusion y menudear sus invasiones; contemplaban ya quizá, aunque con dos siglos de anticipacion, como destruidos el dominio y la civilizacion del imperio, y le miraban como un botin preparado para el que supiera alcanzarlo.

A lo menos á los romanos, en aquel conflicto, los ataques